

MANUEL ARGÜELLO MORA

---

UN DRAMA  
en el presidio de San Lucas.  
UN HOMBRE HONRADO.  
**LAS DOS GEMELAS**  
**del Mojón.**

Novelitas de costumbres costarricenses



SAN JOSÉ DE COSTA RICA

*Tipografía de la Paz.*

## UN DRAMA

en el presidio de San Lucas.

Manuel Barrientos era un joven honrado, hijo de Pío Barrientos y de Rosa Salas, que habitaban en el barrio de la Soledad ocupándose en el oficio de talabarteros. Manuel, nació naturalmente inclinado al bien, á lo recto y á lo justo. El dolo, la intriga y la falsedad eran para Manuel, medos de ser inexplicables é inexcusables, tal era su exquisita organización.

Frente á su habitación despachaba como expendedora de una pulperia, Rosita Vargas, muchacha de lindo palmito y esbelto cuerpo, que no pretendía al *señorio*, representado por el pañolón y la cotona. En vez de ese vestido sin gracia, usaba el pintorezco reboso de seda, las enaguas y la camisa de percala, que tan bien sienta á las jóvenes de la clase media.

Si las muchachas que se disfrazan imitando á las señoras, supieran lo que pierden con el cambio de vestido, jamás saldrían de lo que han heredado de sus madres y abuelas. En efecto, el vestido de

*Manuel Barrientos. 7 Febrero 1910.*

las señoras convierte á una linda mengala en una vulgar y mal forjada señorita, mientras que éstas, cuando suelen vestirse como las mengalas, parecen mil veces más lindas y simpáticas, realizando el proverbio popular de que el mono vestido de seda, mono se queda.

Rosita no podía pasar desapercibida para los demás jóvenes sus vecinos, así es que no sólo Manuel la distinguía, y aspiraba á ser de los escogidos, sino que otros muchos, entre los cuales sobresalía Valerio Cortés, telegrafista cumplido y honrado, vivía suspirando por la bella pulpera.

Manuel y Valerio fueron amigos, que se estimaban y querían; pero esa amistad se enfrió y casi desapareció cuando uno y otro notaron que ambos se fijaban en la misma estrella.

En ese estado las cosas, y siendo pública la rivalidad de los dos jóvenes, una noche salió Manuel de su casa, con ánimo de hacer una visita á la que era objeto único de sus pensamientos.

En la época que ocurrían los hechos que vamos á relatar, el barrio de la Soledad aun no estaba alumbrado como hoy lo está por la luz eléctrica, así es que desde que la noche extendía su oscuro manto en

aquellos caseríos, apenas se veía lo que se tenía muy de cerca. lo cual sucedía aun en la misma plaza de la Soledad, que hoy está adornada por un lindo Mercado de hierro. Como la casa donde vivía Rosita estaba situada dos cuadras al Sur de la plaza, en la calle que va á Desamparados, Manuel pronto estuvo cerca del término de su excursión; pero, unos quejidos, seguidos de un estertor de mal agüero llamaron su atención. Siguió la dirección de la voz doliente, y, á la pálida luz de la luna vió un individuo postrado en tierra, todo ensangrentado y que apenas podía hacer uso de la palabra. Se acercó, y ¡oh sorpresa!! reconoció en el herido á su antiguo amigo y actual rival, Valerio Cortés. Éste, con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos, parecía que agonizaba, arrojando en cada aspiración un arroyo de sangre por la boca.

El primer impulso de Manuel fué, correr á avisar y traer un médico y los medios de conducir al herido á su casa; mas, reflexionando en que el tiempo que perdería en esas diligencias podía ser fatal á su antiguo amigo, resolvió echárselo áuestas y llevarlo él mismo á su casa. ¡¡P!uguiera al Cielo que no se le hubiera ocurrido se-

mejante cosa, como el lector verá más adelante!!

Lo cierto es, que desoyendo las indicaciones de la prudencia y arrastrado por su índole generosa y confiada, levantó el cuerpo ensangrentado y se lo echó sobre sus hombros. En el acto él mismo fué bañado en la sangre de Valerio, y notando que éste ya no se quejaba ni se movía, puso su mano en el pecho de su rival, y se convenció que había muerto en el camino y que lo que llevaba era sólo un cadáver. Horrificado de tan lúgubre fin, y muy cansado con el peso que cargaba, determinó dejarlo en la calle y correr á pedir auxilios.

En la primera esquina de la 9<sup>a</sup> avenida encontró al policía de guarda, é iba á pedirle su ayuda, cuando éste, dió unos fuertes pitazos llamando á sus compañeros y detuvo á Manuel, diciéndole que se diera por preso y lo siguiera al cuartel de policía. Esto hizo el polizonte en vista del ensangrentado vestido de Manuel.

Entonces y sólo entonces fué que éste comprendió su imprudencia y las mil molestias que se le esperaban con los tribunales de justicia y de policía.

Cuando se reunió un número suficiente de policías, uno se dirigió en busca del

Médico del Pueblo, y los otros pusieron tortol al generoso joven, à quien llevaron à la cárcel, sin más explicaciones.

La misma noche se comenzó la instrucción de la sumaria, del modo rutinario que nuestros jueces de instrucción emplean en esta clase de procesos.

Todo cuanto apareció en la causa fué:  
1.º Que un hombre habia sido asesinado.  
2.º Que á falta de otros datos las apariencias señalaban à Manuel como autor del atentado, tanto por haber aparecido à su lado al expirar Valerio, como por los antecedentes. Estos eran fatales contra Manuel, pues era notoria la rivalidad que existía entre ambos jóvenes y no se conocía à Valerio otro enemigo ni persona que lo mal quisiera.

El Jurado declaró culpable à Manuel, y el Juez lo condenó à sufrir la pena de diez años de presidio en San Lucas.

Expresar el tormento moral que Manuel sufría, al verse sospechado, y por la justicia condenado injustamente, es trabajo excusado, pues hay cierta clase de sufrimientos que sólo los comprenden los que los han sentido.

Lo que más mortificaba à Manuel era

la idea de que su adorada Rosita aceptaba el hecho de su culpabilidad.

Pero, como las hijas de Eva todo lo perdonan á los que son arrastrados por el amor, sin aprobar el asesinato de Valerio, compadecía al enamorado Manuel y su corazón sangraba al pensar en los desgraciados reclusos de la isla de San Lucas.

Así pasaron tres años, Manuel perdió el apetito, después el sueño y concluyó por pedir al Director del presidio que le proporcionara un sacerdote porque se sentía morir.

El Cura de Puntarenas fué llamado á administrarle los sacramentos de la penitencia y de la extrema-unción, y cuando hubo oído la confesión del enfermo, se dió una fuerte palmada en la frente, y pálido y tembloroso de la emoción, levantó los ojos al cielo y dijo: Dios infinitamente justo no puede permitir que tal iniquidad se consuma irremediabilmente, desgraciada víctima de la justicia humana, por ventura ¿no has llegado á saber ó siquiera á sospechar quién fuera el verdadero asesino de Valerio? Manuel contestó, moviendo los ojos de un lado á otro, lo que indicaba su completa ignorancia de lo sucedido. Escúchame, infeliz, le dijo el Cura, y ten compasión

de la difícil situación en que me colocan mis deberes como sacerdote. Yo conozco al que dió muerte á Valerio. Al secreto de la confesión debe el conocimiento del autor del crimen que os atribuyen, pobre Manuel; y me es completamente prohibido el hacer uso de los secretos que me confían como confesor. Yo trabajaré é influiré en el ánimo de ese otro desgraciado para que confiese su delito, y se libre de ese modo del remordimiento que lo acongoja, según me ha dicho.

El buen Cura conferenció largamente con el asesino de Valerio, y lo que sacó en limpio fué: que Jaime Campos (este era su nombre) dió muerte á Valerio por un error de personas, pues su intención fué matar á un juez de paz de la Soledad, que le había jugado una mala partida; pero equivocando el sujeto, dió de puñaladas al pobre telegrafista. Que desde esa noche sus sueños eran negras pesadillas, en las que siempre se le presenta Valerio agonizante, y á todas horas de sus largas noches oía la espantada voz del moribundo que pedía socorro y suplicaba que no lo mataran. Vivir así, decía Campos, es un tormento perpetuo; prefiero delatarme y acabar mi vida en el presidio.



El Cura lo animó é incitó con la elocuencia de su buen corazón para que se presentara á la justicia y justificara así á un inocente que sufría en San Lucas, la pena que merecía Campos.

Jaime siguió el consejo del Cura y se presentó al Juez del Crimen, declarando que él era el único culpable de la muerte de Valerio.

Rosita Vargas fué de tal manera impresionada al saber la injusta sentencia de que Manuel fué víctima, que cayó enferma y deliraba en su fiebre, dando á su amado Manuel los nombres más dulces y cariñosos.

La justicia conoció de nuevo en revisión en la causa contra Manuel y lo rehabilitó con su fallo absolutorio, que á un mismo tiempo condenaba á Jaime Campos.

### CONFESIÓN DE JAIME CAMPOS.

El Juez. ¿Qué motivos te decidieron á confesar un delito que se había atribuido á otro?

El req. Desde que, por mi desgracia, cometí el delito porque se me juzga, mi vida fué un infierno. Desde que cerraba los ojos para dormir, se me presentaba el esqueleto de Valerio. En mis sueños me arrojaba á sus pies y le pedía perdón, y el

esqueleto se movía de un lado al otro, negándome su perdón. Me despertaba agitado, y bañado en un sudor frío y desaparecía el fantasma, pero al momento que me duermo, la fatídica imagen vuelve á martirizarme, eso no es vivir.

La Providencia es justiciera, y me concedió el remedio á tantos sufrimientos, al confesarme con el P. X y declararle mi situación, me aconsejó que confesara mi doble delito pues, por mi culpa habían desaparecido de la Soledad, dos hombres inocentes, Valerio y Manuel.

Gracias á ese apóstol de Jesucristo, ya duermo sin que la sombra de Valerio me atormente. Sí, señor Juez, desde que me presenté á la justicia y confesé mi delito, mi sueño es tranquilo y sosegado, é iré con gusto á San Lucas, donde la reclusión y el trabajo me rehabilitarán ante el Supremo Juez á quien nada se le oculta.

Así se expresó Jaime, y en efecto, sus ademanes y palabras indicaban la satisfacción de una conciencia en regla con las eternas leyes de la moral.

### Epilogo.

Hoy es Jaime Campos inquilino de la pintoresca isla de San Lucas, donde cum-

ple su condena, con una buena voluntad que lo ha hecho acreedor á la estima del Jefe del presidio.

Manuel, rehabilitado ante su amada Rosita, contrajo matrimonio con ella y viven dichosos multiplicando los habitantes de la Soledad.

El día dos de Noviembre cada año, van los dos, rodeados de sus retoños, á colocar una corona en la tumba de Valerio Cortés.

Pero, los tres años de estadía en San Lucas, han dejado en la fisonomía de Manuel la marca del paludismo que producen los miasmas de la isla.

La confesión de Jaime libró á Manuel de una muerte prematura, y á él mismo, de ser devorado por los remordimientos.



-11-

# UN HOMBRE HONRADO.

## UN HOMBRE HONRADO.

---

He ahí los dueños de la tierra. Indudablemente. Que una persona logre pasar en una población por "un hombre honrado", y que se ría de todo. Se entiende por persona honrada el que paga sus deudas con puntualidad; el que retira sus pagarés el día y á la hora convenida. Por lo demás, no importa que ese apreciable sujeto le dé una vida de perros á su mujer, y que deje morir de hambre á un pariente pobre, pudiendo socorrerlo.

Don Rolando no le debe un centavo á nadie, y cuando lo ha debido, lo ha pagado exactamente y sin previo aviso. Así es que su reluciente cara pinta la satisfacción interior que es consecuencia de la tranquilidad del alma. Una perenne sonrisa adorna su fisonomía. Y con razón. D. Rolando está seguro del aprecio general. Si llega á delinquir, veinte testigos declaran que es la corrección misma. Verdad es que don Rolando tiene una esposa que para ser ángel sólo las alas le faltan. Es obediente, cariñosa, tolerante, bonita y virtuosa; pero la pobrecilla no da en bola ni acierta á

complacer á la perla que tiene por marido, porque don Rolando le da todas las mañanas dos pesos, con los cuales debe comprar todo lo necesario para darle tres comidas diarias, lavado de ropa, leña y salario de la única sirvienta, la cocinera. Doña Berta (que así se llama la esposa del esposo honrado), hace milagros para que el déficit no sea excesivo. Ella se queda con hambre para que el lomo lo engulla todo don Rolando; cuando está sola, apaga la luz por economía, etc., mas no valen esos sacrificios. Cuando concluye la semana, la deuda es de catorce á veinte pesos, que ella pide temblando á su mitad. Desde que se inicia el asunto déficit, don Rolando empalidece, le ataca el hipo, escupe, tose, bosteza y acaba por... reventar, y allá va una homilia contundente sobre la economía. Le hace ver el derroche y mala administración, que lo va á arruinar. Ella le muestra la cuenta escrita; pero él interpone su veto á los precios. ¡Cómo, exclama, dos reales por cuatro huevos! si en épocas anteriores se han comprado á diez por un cinco! Tú debías haberlos tomado, y una vez en tu poder, hacerte el gato bravo y no darle más que un diez. Yo te advierto que si en la próxima semana no se equilibran tus en-

tradas con los gastos. no pagaré el déficit, pues esa no es deuda mía sino tuya; si no comieras ó te contentaras con menos cantidad, todo marcharía bien. Y va la mujercita de llorar y de explicar sus gastos. Por fin, don Rolando, con gesto de domador de fieras, tira sobre la mesa los quince pesos debidos, y así van pasando. Don Rolando cada día más rubicundo, sanote y cumplido, y Berta enflaqueciendo y blanqueándosele los cabellos.

Pero eso no quita que el primero sea un "hombre honrado" à carta cabal. Los chiquillos se descubren al verlo en la calle, los hombres lo envidian y las mujeres desean que enviude para engancharlo en su anzuelo.

Y sin embargo, la cosa más fácil y haccedera es el pagar lo que se debe. . . . cuando se tiene con qué hacerlo, y lo más difícil, ó mejor diremos imposible, es pagar si no se tiene, ni se consigue con qué. Lo grande, lo inconcebible, es que haya quien no pague lo que debe, pudiendo hacerlo. El que de tal modo procede es un absurdo viviente, como sería un fenómeno inexplicable, que alguno pagara sus deudas, no poseyendo ni pudiendo ganar la suma debida.

Pero se nos dirá: el mal no está en deber, sino en haber contraído una deuda que no podía pagarse. ¡Ah, oh, eh! pero señor mío, si todo el que contrae una deuda es porque piensa, cree ó espera poder pagarla. Los deudores desgraciados, en su mayor parte son solamente malos calculadores ó poco felices en el negocio emprendido, ó víctimas de otro deudor que no pudo pagarles; en una palabra, y lo demás son totitas y pan pintado, los que pagan al plazo estipulado es porque pueden hacerlo ó han podido obtener de alguna manera la suma debida.

Ahí tenemos al pobre don Revoledo, la alma más cándida y el corazón más sano. La honradez en persona; pero que no da en bola con los bienes de fortuna. Trabaja doce horas diarias; su mujercita es la economía disfrazada de ángel. A pesar de todo, llega un terrible sábado y no amanece ni leña, ni un grano de comestible, pero ni aun agua, porque el Municipio cortó la que recibían, por falta de pago de los derechos. . . . ¿qué hacer? . . . contraer una deuda, no hay otro camino. Sale el mártir á buscar cinco pesos, que D. Revoledo está seguro de pagar al fin del mes. Encuentra un amigo; se avanza á su encuentro. El



*amigo*, que sabe en lo que anda don Revoledo, pues la fisonomía sepulcral de éste y la diablura de ser sábado, no dejan duda; se adelanta y antes de que éste hable, el amigo lo saluda y le pide prestados dos pesos. ¡Cómo!—exclama don Revoledo—si en eso ando yo; iba á tu casa á pedirte cinco pesos. . . . mas ya ves que estamos ambos mal. Después de correr y recorrer medio San José, se resolvió á empeñar el anillo nupcial ó de matrimonio, lo cual no le asustaba porque tenía seguridad de pagar y sacarlo á fin de mes.

Con ese fiador consiguió tres pesos que puso en manos de la mujercita, feliz al considerar que ya tenían asegurado el pan y los frijoles de la semana. Pero viene el 30 del mes, recibe su sueldo y corre gozoso á pagar los tres pesos al Banco Tigre; mas al volver á su casa encuentra al dueño de ella que le presenta el recibo de sesenta pesos, valor del alquiler en tres meses, advirtiéndole que si no cancela esa deuda, lo hará echar fuera de la habitación, y no saldrá ni se irá de la casa sin llevar el todo que se le debe. Para mayor corona de miserias, D. Revoledo llevaba en la mano los billetes de banco que le habían dado en pago de sus servicios. Con un movimiento

involuntario y casi maquinal entregó toda la suma al propietario. Pero lo que es pagar todas las pequeñas cuentas de sumas cuyo plazo era cumplido, no había que pensar. Así es que no se oía más que un coro de maldicientes que desacreditaban à don Revoledo porque no pagaba lo que debía, pudiendo, puesto que ganaba y había recibido sesenta pesos. Nadie saluda al pobre hombre ni se le da la acera á la mujer; son unos petardistas que viven de engaños y mentiras.

El domingo próximo pasado, podían verse sentados en un banco del Parque Central, gozando de la música militar, dos parejas. La una compuesta de un caballero barnizado, obeso, bien vestido y fumando un puro rebelde á los esfuerzos que hacía para convertirlo en humo; á su lado, una dama triste, pálida, pobremente vestida y sin que su compañero le dirigiera la palabra. La otra pareja era formada por un joven flaco, triste y con unos pantalones y saco roídos y descoloridos, y á su lado una joven bella, pobre, pero elegantemente ataviada; parecía feliz y satisfecha. Los primeros eran don Rolando y su mujer, saludados por todos los paseantes; los segundos, Revoledo y su linda esposa. En

una banca brillaba el hombre honrado á carta cabal, temido más que amado por su mujer. En la otra, vegetaba el petardista involuntario, á quien su esposa adoraba.

Con franqueza, lector, contestadme: ¿si en tu mano estuviera el cambiaros por uno de esos dos tipos, elegiríais el del *hombre honrado* ó el del petardista?



-21

# LAS DOS GEMELAS DEL MOJON

# LAS DOS GEMELAS

## del Mojón.

### I.

Nada más melancólico ni que más excite la curiosidad de los viajeros que por primera vez recorren nuestros caminos, que las modestas y solitarias cruces que la piedad de los campesinos ó la de los transeuntes coloca en los lugares donde una muerte violenta ha cortado el hilo de una existencia humana.

Hace poco tiempo que aun se veía la blanca cruz que los trabajadores de la carretera de Carrillo, pusieron á la orilla del terrible precipicio donde pereció el malogrado joven colombiano don Manuel Paredes.

Donde quiera que un sér humano ha perecido fuera de su hogar, la cruz, grande ó pequeña, se encuentra de centinela inmóvil, atestando una catástrofe y avisando al viajero incauto que se guarde de algún peligro desconocido.

A veces la cruz sólo es un recuerdo que marca un lugar cuya memoria desea conservarse.

Pero lo que no es regular, y por eso nos llamó la atención, es que esas cruces se encuentren en lugares habitados.

En efecto, hace algunas semanas que paseábamos por los pintorescos alrededores de San José. Cuando volvíamos, en la tarde, y salíamos á la calle real que va para Cartago, y que no es más que una prolongación de la *Cuesta de Moras*, vimos una pequeña cruz pintada de negro y plantada en el medio de uno de esos patios tan limpios y nivelados que los campesinos tienen casi siempre al frente de sus habitaciones. Servía de fondo á la cruz una casita de un solo piso, blanqueada con cal y construida como todas las de nuestras aldeas. Se componía de un *corredor* ó galería exterior, de un cañón con dos puertas que dan á la galería y una media agua que sirve de cocina.

El corredor es generalmente el lugar preferido para tertulia, porque á su frescura y amplitud, añade la comodidad de estarse á cubierto del sol y de la lluvia. Los días festivos se ve en esas galerías numerosa concurrencia que se distrae mirando los paseantes, jugando á los naipes, conversando ó jugando en el patio á las bolas. Los paisanos endomingados descansan y

los hábiles del barrio tocan el acordeón, la vihuela ó la guitarra nacional.

Cuántas veces, ante tan fresco cuadro, se detiene el cansado paseante que quizá lleva en su corazón gusano roedor, ó en su alma desesperantes temores, y contempla extasiado el cuadro de una felicidad que jamás alcanzará. ¡¡Cuántas veces un ser fuerte é inteligente, instruído de saber y de sufrir, habrá maldecido esos que se llaman preciosos dones de la naturaleza, para ponerse á envidiar la tranquila existencia y la calma que á tan poco costo gozan aquellos aldeanos.

Pero, apartándonos de lo que generalmente sucede, fijémonos en la casita de la cruz, en la cual nunca se ha visto reunión de gentes, ni músicas, ni alegrías.

En el corredor, sentada en el banco tosco de dura madera, se ve una mujer cuya palidez y fijeza de ojos hacen pensar en la picada del vampiro, y que no son otra cosa que las señales de un incurable dolor moral. De treinta años de edad, y de una belleza griega, aquella mujer solo tenía ojos para ver la cruz del patio. ¡

Si el paseante espera, puede ver llegar á las seis de la tarde un hombre moreno,

de pasos acompasados, serio, y que se le tendría por mudo si al acercarse á la mujer pálida, no articulara algunas suaves palabras acompañadas de una mirada de infinita bondad, y que parecían nacidas de un sentimiento de compasión y de amargo recuerdo.

Mi curiosidad se excitó grandemente con tal espectáculo, y seguro de que un terrible drama había pasado bajo el tranquilo techo de aquella habitación, nos propusimos averiguarlo y lo averiguamos á fuerza de atenciones y pequeños servicios rendidos á aquella infortunada familia.

Tal como me lo refirió Víctor, sin añadir ni quitar nada, la paso al papel para que sea publicada.

## II.

En 1877 ocupaban la casa descrita en la parte primera, tres personas: la señora Rafaela y dos hijas gemelas, Elisa y María. Era tal la semejanza de estas hermanas, que con dificultad las distinguía su propia madre. Blancas, pelo castaño, rizado naturalmente, con unos ojos negros que hubieran seducido á San Jerónimo en persona, y una boca en forma de corazón, capaz de hacer venir el agua á las bocas de todos



los varones. Con un cuerpo regular y un talle de caña de la India, las gemelas tenían un metal de voz tan argentino y suave que con ella sola ganaban los corazones.

Nacidas en el pueblo y del pueblo humilde y trabajador, pues eran hijas de un carpintero, vestían no obstante con una gracia y distinción que se las hubiera tenido por unas señoritas, si la encantadora camisa corta y el elegantísimo rebozo de seda que las distinguían de las *señoras*, no nos presentaran en ella el más bonito tipo de lo que se llama aquí una "orillera" ó campesina educada en buenos colegios.

Frente á la casa de Elisa y María, vivía un joven albañil de esbelta figura, moreno, delgado y poseedor de un sedoso bigote castaño. De veinticinco años de edad, es decir, ocho años más avanzado en la vida que las dos gemelas, nuestro nene gastaba botas de becerro, chaqueta de lana y sombrero fino de pita (llamado en Europa, sombrero de Panamá.)

Víctor era el gallito ó león de aquel paraje. Todas las muchachas casaderas del Mojón, Curridabat y parte oriental de esta ciudad, se hubieran considerado muy dichosas de obtener la preferencia de nuestro albañil, pero él no miraba siquiera á

tantas beldades que lo adoraban, y creía tener muy poco con un sólo corazón para dedicarlo al amor exclusivo, inmenso y duplicado que lo dominaba. Si diez almas hubiera tenido, las diez tendrían por única idolatría, la que su sola alma tenía por ambas gemelas. Parécenos oír la enérgica protesta que el bello sexo en masa está haciendo contra ese doble amor. ¡Inverosímil, dirá la una; absurdo, dirá la otra; y todas á un tiempo. invenciones de novelistas y de autores dramáticos!! Y sin embargo, nada tiene de extraño ni aun de raro el contemplar á un hombre perfectamente enamorado de dos y aun de varias mujeres. Y en el caso presente, no sólo es natural el amor á dos deidades enteramente iguales, sino que no se comprende cómo una persona puede amar á un sér bello y simpático y deje de adorar á ese mismo sér reproducido por la fotografía, el grabado ó la reflexión de un espejo.

Sea de esto lo que fuere, Victor amaba con pasión á Elisa porque era igual á María; y á ésta porque era el rétrato viviente de Elisa.—Cuando hablaba con la una, se olvidaba de la otra, pero si estaban juntas, y se separaban, nuestro aibañil sentía que se ausentaba una parte de su sér. Para el

Elisa y María eran una sola mujer reproducida en dos actitudes diferentes.

Pero donde el asombro del sexo bellísimo va á alcanzar descomunal proporción, es cuando sepa que ambas lindísimas gemelas amaban con toda su alma al dichoso mozuelo de los bigotes castaños. Y esto sí que es vulgar, común, frecuente.—Si varias mujeres pueden idolatrar á un mismo individuo, ¿qué tiene de particular que Elisa y María, que casi eran una misma y sola alma habitando dos cuerpos diferentes, fueran atraídas por una causa igual, que producía iguales efectos en ambas?

La lucha que un tal amor hizo nacer en el corazón de las gemelas, no es fácil pintarla ni aun á grandes pinceladas; mucho más si se considera que una de ellas sabía y sentía que su hermana era amada por su amado. Cada momento, Víctor las confundía, continuando una declaración de amor comenzada con la otra, ó contestando á María la pregunta que poco antes le había hecho Elisa.

Varias tentativas hicieron cada una de las gemelas para fijar á Víctor con exclusión de la otra. Elisa le exigió una vez que manifestara su preferencia, y él contestó sin vacilar: “á tí te prefiero, encantadora

María.” “Pues búscala, le replicó Elisa, porque María no soy yo.” En verdad, la situación no podía ser más crítica para los tres. Víctor se habría conformado con el amor de una de ellas; pero la sangre asaltaba su pecho, al pensar solamente que la otra pudiera pertenecer á mortal alguno que no fuese él.

Este *modus vivendi* hubo de tener un término, cuando la mamá Rafaela exigió perentoriamente al albañil que eligiera una de las dos gemelas y preparara todo para celebrar el matrimonio en los tres meses siguientes, ó en caso contrario se retirara enteramente de la casa.

Sorprendido Víctor, pero convencido de que la mamá tenía razón, cerró los ojos y sin saber lo que hacía salió del paso pidiendo en forma la mano de Elisa.

Notificada ésta de la resolución de su futuro, declaró que desde ese momento usaría una cinta azul en el cuello para que fuera fácil distinguirla de su hermana.

Tres meses después se celebró el matrimonio de Elisa y Víctor. María asistió á la ceremonia, apareció contenta y aun alegre en la velada que precedió á la bendición de los novios; pero cuando éstos, ya unidos con el indisoluble lazo, salieron del

templo para dirigirse á la casa de la mamá Rafaela, María deliberadamente tomó el brazo izquierdo del recién casado y así llegaron al patio de la habitación que conocen nuestros lectores. Al pasar por el medio del patio, María se detuvo, apartó el brazo de Elisa que lo tenía enlazado con el derecho de su esposo y con voz clara y compasada dijo, dando un estrecho abrazo á aquél: “esposo querido, al fin llegó el momento de no separarnos más; toma mi postrero y último beso (y besó á Víctor en la frente); tu alma y la mía volarán hacia un mundo donde el dolor es desconocido, y nos amaremos siempre, siempre. . . .” calló y reclinó la cabeza en el hombro de Víctor.

Los concurrentes no comprendían al principio aquella escena extraordinaria; pero dos gritos lanzados á un mismo tiempo por la mamá y la desventurada Elisa, vinieron á explicar la inmensa desgracia que anonadaba aquella familia. La realidad no podía ser más espantosa. María había muerto al pronunciar la última frase. Elisa estaba loca y la madre Rafaela aterrada y casi sin sentido, iba de una á la otra hija sin darse clara cuenta de la centella que había destrozado su dicha y su calma en lo futuro.

III.

EPÍLOGO

Depositado en el panteón de San José el cuerpo de la que fué María, la bella gemela, la mamá vegetó unos pocos meses y fué á unirse con su hija María.

La pobre loca Elisa cumple inconscientemente los deberes de ama de casa. Su locura es tan quieta é inofensiva que sólo es notada por los que conocen su historia. De una palidez mortal, Elisa parece formada de cera blanca y sus tristes ojos negros, fijos y tímidos, parecen pedir perdón á su esposo de haber causado tantas desgracias.

Victor, después del beso de María, no volvió á saber lo que era sonreír siquiera y su vida se reduce á trabajar para subvenir á la manutención de su mujer y á meditar.....¿en qué? no es posible adivinar, pues ambos esposos pasan días enteros sentados en el corredor, sin dirigirse casi la palabra y como autómatas marchan, reposan y comparten los cuidados domésticos.

Al ver la demacrada figura de Víctor, no puede menos de recordarse la despedida de María. Diríase, en verdad, que ella se hubiera llevado el alma de Víctor; tanta distancia parece mediar ante el elegante

joven que amaron las gemelas, y el descuidado y mísero obrero que más que vivir, vegeta y marcha buscando una tumba que le devuelva con el olvido la calma y quietud del no ser.

Los que dudéis de la veracidad de este relato, desocupad una mañana ó una tarde de verano; tomad la calle de Cuesta de Moras, en la primera callejuela à la derecha, avanzad cincuenta varas y encontraréis la casa, la cruz en el patio y la pálida figura de la gemela Elisa. Después de puesto el sol, quizás pueden contemplar la varonil figura del cuasi mudo albañil, cuya alma enamorada abandonó ese cuerpo, al mismo tiempo que murió María.

